Antonio Gallego Burín
VIÑES MILLET, Cristina
Granada, Editorial Comares, 2003. Colección Biografías Granadinas, núm. 23, 159 págs.

Con ser Antonio Gallego Burín una de las figuras más activas e influyentes, algunas veces también discutida, del siglo XX en Granada, no puede decirse que sea alguien sobre quien lo tenemos todo claro y completas ya las líneas rectas, las curvas y las quebradas de su biografía. Desde luego, contamos con el magnífico libro que le dedicó su hijo, Gallego Morell, publicado hace treinta años y con el trabajo imprescindible que Julio Juste realizó sobre las reformas urbanas de su época de alcalde. Se ha publicado su interesantísimo epistolario con Leopoldo Torres Balbás y con Melchor Fernández Almagro y Cristina Viñes ha tratado su figura en varios trabajos, principalmente el titulado *Municipio y Política*, que tiene dentro mucho más de lo que su nombre expresa. En 1995, con motivo del centenario de su nacimiento, un conjunto de instituciones se unieron para celebrar, naturalmente en la Casa de los Tiros, una exposición recordatoria de su figura, de la que quedó un catálogo, ni excesivo ni insuficiente. ¿Cómo fue posible aunar en aquel propósito a la Junta de Andalucía, al Ayuntamiento, la Diputación y la Universidad de Granada y a la Fundación Caja de Granada, gobernadas todas ellas por, llamémosle muy discretamente, el «progresismo» institucional? Pues lo fue y nadie se rasgó las vestiduras por ello, dando prueba de madurez política y de un talante proclive a buscar las líneas de encuentro en lugar de los nudos del conflicto.

Apareció a finales de 2003 una biografía de Antonio Gallego Burín elaborada por alguien que lo ha llegado a conocer muy bien, la profesora Cristina Viñes, inserta en la colección «Biografías Granadinas» de la editorial Comares,

que ha llegado a publicar vedinticuatro títulos y que ha sido lamentablemente cancelada cuando se redactan estas líneas.

El libro permite descubrir a un personaje, como dijo su íntimo amigo Fernández Almagro, «tan humano que todo lo humanizaba». Un personaje que a la autora no le es indiferente y con el que no es neutral, que no tiene por qué serlo reglamentariamente un historiador, y por el que desde el principio se siente cautivada y no tiene ningún empacho en expresar su admiración y respeto por «un hombre honesto consigo mismo, con quienes le rodeaban, con su ciudad, con su país y con el proyecto de vida que desde fechas muy tempranas se había trazado».

Aunque el libro tiene la laudable característica de la brevedad, no es fácil elaborar una síntesis del mismo en las escasas líneas que permite una reseña; menos aún, como se propone la autora, penetrar en lo profundo del personaje, buscando las razones que en cada momento guiaron su actuación. Objetivo tan ambicioso, solo me permite ahora iluminar con unas cuantas ráfagas algunos de los aspectos más significativos de semejante propósito.

Me interesa, en primer lugar, la profunda herencia que Angel Ganivet, con quien compartió tres años del siglo XIX, deja en Gallego Burín, hasta el punto de convertirlo en su mentor espiritual. Pero no el Ganivet «casposo» y retrógrado que algunos han querido reinventar, con menor que con mayor fundamento, sino aquel que fue fiel a la historia y respetuoso con el pasado de la ciudad y de sus habitantes, pero tan abierto al mundo que fue a morirse lo más al norte del mismo que le fue posible. Nunca ocultó esta influencia Antonio Gallego; al contrario, la siente, la vive y la expresa con satisfacción, hasta el punto de que él es quien propone por primera vez la erección de un monumento, pero no en la Fuente del Tomate, sino en el Paseo de los Tristes, el sitio ganivetiano por excelencia. Y en su Granada hay mucho, pero no todo, de la Granada de Ganivet.

No resulta menos destacable y de ello da la autora cumplida cuenta en su trabajo, el rigor intelectual de Gallego Burín y la importancia de su obra en el ámbito de la historia, primero, y de la historia del arte a continuación. Sus trabajos sobre la Guerra de la Independencia en Granada, sobre José de Mora, Pedro de Mena, Torcuato Ruiz del Peral, el propio Angel Ganivet, entre otros, la Capilla Real de Granada, el barroco granadino, y, sobre todo, su *Granada. Guía artística e histórica de la ciudad*, reflejan la minuciosidad del investigador unida a la claridad de conceptos del intelectual y construyen una aportación al conocimiento que, al cabo de tantos años, sigue siendo bastante sólida.

Lógicamente, Cristina Viñes presta una particular atención a la dimensión política del personaje, en la que éste empieza a navegar muy temprano, hacia 1915, atrapado por las ideas regeneracionistas, tal vez discretamente tardías, de Antonio Maura. La crisis de 1917 le hace volver la mirada hacia Francisco

Cambó y hacia su programa regionalista, llegando a constituir en Granada un pequeño grupo, desmarcado del regionalismo sevillano, y destacado más por su carácter testimonial, a través de su periódico *Renovación*, que por su eficacia política. Así quedó demostrado cuando, pese a la coherencia de su programa, que aplicaría luego con veinte años de retraso, no consiguió entrar en el Ayuntamiento en las elecciones municipales de febrero de 1920. Aquel fracaso, unido a las circunstancias políticas de la Dictadura de Primo de Rivera, le vuelcan hacia la Universidad, la investigación y la vida familiar, aunque manteniendo siempre fuertes sus contactos con los hombres de la Lliga. Tan fuertes, que cuando en 1931 es posible ejercer de nuevo la política libre y se constituye en Granada el Centro Constitucional, es decir, monárquico, a caballo entre los programas de Maura y de Cambó, son Fermín Camacho y Antonio Gallego sus hombres fuertes, aunque resultaron ampliamente superados por la coalición republicano-socialista que trajo la implantación de la Segunda República y un nuevo retraimiento político de Gallego.

¿Cuales fueron las razones para que, poco después, un hombre formado en el regeneracionismo maurista y madurado en el regionalismo de Cambó se integrara en el nuevo régimen que nace entre 1936 y 1939? ¿Y cuales las razones para que se le ofreciera el cargo de alcalde, gobernador y, nuevamente, alcalde a un hombre como Gallego Burín que ni por trayectoria, formación ni opinión puede decirse que perteneciera al nuevo régimen? En su postura permanentemente conciliadora, el posibilismo en política y el profundo amor a Granada, fundamenta Cristina Viñes la primera cuestión y, a falta de argumentos para defender una mayor complicidad, hay que considerarlos pertinentes. La segunda cuestión sigue siendo para mí una incógnita. Un hombre como él, que había «refugiado» en su casa a Gerda Leindöfer Labin, la viuda de Salvador Vila, el rector fusilado por los franquistas, podía ser incómodo para el falangismo, y terminar enfrentándose, como de hecho ocurrió, con el gobernador Fontana Tarrats. Los granadinos tendríamos que agradecer la decisión de su nombramiento, cualesquiera que fueran los motivos que la indujeron, y la aceptación del interesado, cualquiera que fuera, también, la razón por la que lo hizo. Alguien tenía que ser alcalde y mucho mejor que lo fuera un hombre como Gallego, cuyo ostracismo hubiera sido perfectamente inútil para cambiar el régimen o para acelerar su caída. A cambio, Granada tuvo el alcalde más eficaz que ha tenido nunca y no solo un administrador. «Regir una ciudad —dijo Gallego— no es, únicamente, administrarla. Es, también, algo más y más hondo. Es darle alma, darle tono, darle estilo». Y en otro momento afirmó: «Reformar una ciudad no consiste tan sólo en derribar, como, con ingenuo simplismo, piensan algunos. Eso tiene su momento, su lugar y su límite. Pasado éste, de lo que se trata es de lo contrario: de rehacer, de reconstruir, de conservar». Buen programa, que no surge de la improvisación

o de las circunstancias, sino de un proyecto que ha ido forjando y madurando a lo largo de mucho tiempo.

A estas alturas, no es una sorpresa que fuera el ministro más liberal del régimen, Joaquín Ruiz Jiménez, quien decidiera llevarselo a Madrid para nombrarlo, hasta su fallecimiento, Director General de Bellas Artes.

No entro en analizar sus actuaciones en uno o en otro cargo, pero para reflexionar sobre todo ello y aunque no resuelva todas las incógnitas, al menos satisfactoriamente para todos, la biografía que ha escrito Cristina Viñes sobre Antonio Gallego Burín me parece un instrumento adecuado e inteligente.

MANUEL TITOS MARTÍNEZ